



MOMENTOS PARA
SER



Lo que nos puede enseñar **una laguna**

**Actividad
Docente**

*Aplicando el Pacto Educativo Global
en la escuela*

Herramienta a utilizar	Ejercicios de observación y contemplación
Edad	De 5 a 8 años
Ámbito de trabajo	En contacto con la naturaleza
Duración aproximada	1 hora, (4 sesiones de 15 minutos), o según las prácticas de la institución.
Conexión con el Pacto Educativo Global	 <p>Objetivo 1 Poner en el centro de todo proceso educativo a la persona, rechazando la cultura del descarte.</p>
Dimensiones educación evangelizadora	Énfasis en las dimensiones antropológica, ecológica y teológica.
Relación con otras áreas curriculares	Ciencias naturales, lenguaje y literatura, educación estética y religiosa.

Fundamentos

Uno de los aspectos distintivos de la educación católica es que ella pone en el centro de todas sus preocupaciones a la persona humana. No se puede concebir la educación desde una perspectiva católica como el logro de unos fines externos a la persona; por ejemplo, la producción de ciertos conocimientos, artefactos u objetos. Su fin no es cognoscitivo o técnico, sino formativo, personal y de creación de una mejor comunidad humana. Lo esencial en una educación católica es, entonces, que las personas crezcan en interacción con otras, y que enriquezcan su vida a través del contacto con el mundo, con otros seres humanos y con Dios mismo.

Esta idea de educación nos lleva a tener como uno de sus presupuestos y finalidades esenciales que las personas cultiven un sentido de profunda comunión con otras criaturas. La razón de ello no es otra que el hecho de que la persona humana no es un sujeto aislado de su entorno natural y social; por el contrario, ella se forma en interacción permanente con otros elementos naturales como el agua o la tierra, con factores geográficos (las montañas, el mar, los ríos), que modelan su carácter, con otros seres vivos (como las plantas y animales) y, desde luego, por el intercambio permanente de experiencias, sentimientos, pensamientos, intereses y proyectos con otros seres humanos. La fe en un Dios creador, además, confiere a todas

estas interacciones un sentido de unidad y propósito que les proporciona un peculiar significado.

Es claro que, para ser una auténtica persona humana, lo esencial es cómo se cultiva la comunión con otras criaturas, como nos lo enseñó bellamente Francisco de Asís. Parte esencial, entonces, de esta construcción de la persona humana está en su *fortalecimiento interior*. No solo se trata de tener convicciones firmes, sino también de cultivar emociones adecuadas a las situaciones que vivimos; y, sobre todo, de que adquiramos un sentido profundo de comunión con todo lo creado. Pues bien, esto solo se logra a través del cultivo de nuestra capacidad de *contemplación*.

Pero “contemplar” no es solo mirar algo fijamente, o detenerse en ello; menos aún es lo contrario de “actuar”. Quien contempla no es alguien que se queda en una condición pasiva, o que simplemente no hace nada. Por el contrario, la contemplación es actividad pura; es la forma más pura de la acción, pues consiste en concentrar todo nuestro ser, todas nuestras energías, en un objeto; y en desarrollar una relación comunicativa con él.

El que contempla la montaña no se dedica a mirarla tontamente, sino que la examina con cuidado, mira cada uno de sus elementos y comparte imaginativamente con ella

muchos de sus sentimientos; además, dialoga con los personajes que en ella conviven. “Contemplar”, es cierto, tiene que empezar por *observar con atención y describir con precisión*, pero siempre tiene que ir más allá de ello. Se trata, entonces, de ir más allá de una relación puramente material y utilitaria con los objetos, para establecer un diálogo personal con ellos. Cuando contemplamos algo, lo hacemos para escuchar las voces y mensajes que ese objeto que contemplamos es capaz de traernos; y, cuando contemplamos la naturaleza, lo hacemos para escuchar las voces y mensajes de las diversas criaturas: el sol, el agua, la luna, los animales, etcétera. Quien contempla es capaz de reconocer en cada una de las criaturas un llamado.

Esta contemplación de lo creado —dice el Papa Francisco— nos permite descubrir a través de cada cosa alguna enseñanza que Dios nos quiere transmitir, porque “para el creyente contemplar lo creado es también escuchar un mensaje, oír una voz paradójica y silenciosa”. Podemos decir que, “junto a la Revelación propiamente dicha, contenida en la sagrada Escritura, se da una manifestación divina cuando brilla el sol y cuando cae la noche”. Prestando atención a esa manifestación, el ser humano aprende a reconocerse a sí mismo en la relación con las demás criaturas: “Yo me autoexpreso al expresar el mundo; yo exploro mi propia sacralidad al intentar descifrar la del mundo” (*Laudato si'*, 85).

Una educación evangelizadora no puede perder de vista esta dimensión contemplativa, pues ella es la que permite articular muchas otras dimensiones. Por ejemplo, su dimensión antropológica, pues al fin y al cabo el hombre se construye en la medida misma en

que cultiva su interioridad; y ese cultivo de la interioridad supone esos espacios para el silencio, la oración y la contemplación que nos hacen posible entrar en comunión con otras criaturas. También articula su dimensión ecológica, pues solo el ejercicio contemplativo nos permite percibir y dar cuenta de la unidad de lo creado, unidad que no se capta fácilmente por la simple mirada descriptiva o explicativa de la ciencia positiva. Pero, sobre todo, sin contemplación no es posible la dimensión teológica, pues a Dios llegamos precisamente a través de sus criaturas y de la contemplación del orden que hay en el universo.

Cuando el papa Francisco nos invita a “poner el centro de todo proceso educativo en la persona humana” agrega a continuación algo esencial: “rechazando la cultura del descarte”. Desde luego, esa cultura del descarte es esa cultura donde las cosas se usan y se botan, donde producimos desperdicios permanentes: desperdiciamos los materiales de la naturaleza, que no volvemos a usar y que se convierten en basura; pero también a veces descartamos a otras criaturas, como las plantas y animales, que utilizamos para nuestros propósitos y luego simplemente desechamos; y, lo más grave de todo, desechamos muchas veces a las personas, cuando ya no nos sirven, cuando no nos resultan útiles.

Una educación centrada en la persona humana valora, por supuesto, por encima de todo a las personas; pero valora toda la creación: valora los objetos físicos, las plantas, los animales. Y lo hace porque considera que una vida donde todo se usa y luego se desecha solo produce frustración e infelicidad. Pero,

de nuevo, para que las cosas no se nos vuelvan desechables, tenemos que resignificarlas; y para ello es esencial el ejercicio contemplativo. Este es siempre un ejercicio de *resignificación de las cosas*, de comprensión y apreciación cualitativa de sus distintos elementos, de valoración de cada elemento por sí mismo y, sobre todo, de comprensión del lugar que ocupan en la creación.

Los ejercicios de observación, descripción y contemplación que aquí proponemos, buscan vincular saberes muy distintos; desde luego, los saberes propios de las ciencias naturales, pues nos invitan a contemplar muchos elementos propios de la naturaleza (el bosque, el mar, la laguna, la montaña, el río, etcétera), pero también narraciones diversas, vinculadas a las disciplinas del lenguaje y la literatura, e incluso reflexiones que son esenciales en el campo de la educación moral y religiosa.

También los elementos naturales los podemos contemplar mejor cuando los observamos con atención y los describimos con precisión. Pero tales cosas no son solo objetos físicos; son también construcciones de nuestra imaginación, pues, cuando los vamos explorando, los poblamos de significados, e incluso los vinculamos a personajes, reales e imaginarios, que allí habitan; así, por ejemplo, el mar, el río, el bosque o la montaña es-

tán llenos de personajes, de figuras y de voces con las que podemos dialogar.

De este modo, la relación con estos objetos tiene que estar mediada también por nuestra capacidad para describir lo que observamos, sentimos e imaginamos; y por ello, están tan directamente vinculados a estos ejercicios de observación y contemplación áreas como las del lenguaje y la literatura, en donde, a través de esa capacidad que tenemos de resignificar el mundo mediante el lenguaje, construimos nuevos significados a partir de lo que observamos y contemplamos.

Evidentemente, el vínculo aquí es también muy estrecho con todas aquellas áreas en donde el ejercicio contemplativo es parte integral de la formación. Nos referimos particularmente a la educación estética y a la educación religiosa, pues, tanto en el arte como en la religión, la contemplación es un ejercicio fundamental. El artista tiene que contemplar la naturaleza, la sociedad o los sentimientos humanos para poder expresarlos creativamente, mientras que el hombre de fe tiene que poder contemplar el universo en su conjunto como una creación divina. Precisamente una educación que tenga como fin acercarnos a un Dios creador nunca puede dejar de lado ese ejercicio por el cual contemplamos su creación.

Presentación de la actividad

¿Qué es un ejercicio de observación y contemplación? Como su nombre lo indica, se trata de una *actividad guiada* mediante la cual un individuo se acerca a la apreciación cualificada de un determinado elemento natural, que bien puede ser una montaña, un lago, el mar, el bosque o simplemente un árbol o una cueva. El ejercicio está pensado para realizarse en tres pasos básicos. El primero es, desde luego, la observación, después de la cual viene un momento descriptivo y, finalmente, el ejercicio de contemplación, que es la meta esencial de todo el proceso.

Se trata, para empezar, de aprender a *observar* algo; no solo de verlo, mirarlo o darle una “ojeada”, sino observarlo con la plena atención y cuidado que el asunto merece. No se trata, entonces, de una observación pasiva, sino claramente activa, pues la observación requiere una serie de actividades diversas, como las que se proponen en el primer numeral de la guía de los estudiantes. El segundo paso va un poco más allá del anterior. Ya no solo se trata de observar y registrar lo observado, sino que se intenta dar cuenta de lo observado mediante una descripción más o menos rigurosa de aquello que fue observado. *Describir* es presentar las cosas tal como las hemos podido observar, pero presentárselas a otro, de tal manera que nuestro ejercicio de observación nos lleve a hacer una síntesis

personal de lo observado para compartirlo con otras personas. Una descripción rigurosa depende, desde luego, de una cuidadosa observación, pero también de algo más: de un buen ejercicio de escritura (no debemos olvidar a este respecto la cercanía que existe entre estos dos verbos, pues “describir” significa en sentido estricto “escribir sobre la forma en que se percibe algo, explicarlo en detalle”); una descripción es, entonces, necesariamente un ejercicio que debe hacerse por escrito.

Pero estas dos actividades son insuficientes, al menos desde el punto de vista de una educación evangelizadora. Si lo que nos proponemos solo tuviera una finalidad científica, tal vez bastaría con observar, describir y explicar; sin embargo, aquí pretendemos mucho más: hacer un ejercicio de contemplación. Y *contemplar* ya no es solo observar o describir; es algo más fundamental: detenernos en aquello que hemos observado y descubierto, pero para percibirlo con mayor profundidad, para dejarnos penetrar por ello. Todos sabemos que, cuando observamos un monte o una laguna, podríamos hablar de sus colores, dimensiones y formas; pero también que a la montaña o el lago están asociados muchos más significados que esas cualidades sensibles que acabamos de nombrar. Y, al contemplar, queremos captar

los significados más profundos de las cosas. En tal sentido, no solo contemplamos con los ojos, sino que lo hacemos con toda nuestra inteligencia, con toda nuestra imaginación y, sobre todo, con esa capacidad de escucha profunda que nos otorga el saber que todas esas cosas son el fruto del amor de un Dios creador. Todos los entornos naturales —como lo sugiere el papa Francisco en su texto que citamos previamente— están llenos de huellas y de voces de las criaturas que los habitan: en un bosque, por ejemplo, se perciben las huellas de los animales y se escuchan sus sonidos, y también se capta el olor de las plantas que lo forman. A la hora de contemplar es esencial tomar en cuenta esas huellas y esas voces, pues contemplar implica percibir en profundidad, sentirnos en contacto directo con la naturaleza y, de modo especial, sentirnos en comunión con Dios y con todas sus criaturas.

Para facilitar este ejercicio, se ha elaborado una guía muy cuidadosa, que sigue un proceso riguroso, de tal manera que los alumnos puedan hacer el ejercicio de forma guiada y regulada y bajo el acompañamiento de una persona adulta, que puede ser el profesor, uno de sus padres u otra persona distinta. Desde luego, ellos lo pueden hacer por su cuenta, pero la orientación y la guía de un adulto (especialmente si este es su profesor) siempre podrá serles de gran ayuda. Lo importante es que el profesor, o el adulto acompañante, se comprometa a fondo con el ejercicio a realizar y, sobre todo, se prepare. Para ello, debe hacer él mismo el trabajo que propone la guía de una forma metódica y cuidadosa; debe comprender que esto tiene un orden que debe ser respetado; y que, en la medida en que ese orden se siga y la experiencia se viva paso a paso, podrá resultar mucho más enriquecedora.

Orientaciones pedagógicas

Para realizar adecuadamente el ejercicio de observación y contemplación de una laguna que aquí se propone, es preciso tener siempre muy presente todo lo que implica cada una de estas tres grandes acciones que aquí se realizan: *observar, describir y contemplar*.

Observar, ya lo decíamos, es mucho más que simplemente “ver una cosa” o “estar mirando” algo, lo cual puede hacerse de forma genérica y descuidada. Cuando decimos que “vemos” algo solo decimos que ese algo entró en nuestro campo de visión; y a menudo miramos muchas cosas sin centrar nuestra atención en ellas, sin detenernos a examinarlas. Observar no es, pues, ni ver ni mirar ni simplemente “dar una ojeada” sobre las cosas; implica, más bien, detener la mirada sobre algo y hacerlo con un interés definido. Observar es “mirar buscando algo”, es decir, examinando, escudriñando la cosa; por ello, el que observa bien al mismo tiempo se hace preguntas; y son las preguntas las que le ayudan a observar mejor, porque centran su atención y le dan una dirección a su búsqueda. Hacer una observación es lanzar una mirada cuidadosa, escrutadora, que busca desentrañar el misterio de una cosa. Cuando observamos lo hacemos para explicar y comprender mejor las cosas.

Es muy importante que el profesor tenga muy clara esta distinción entre observar y el simple ver o mirar; y, sobre todo, que la ponga de presente ante los estudiantes, acompa-

ñando su acto de observación. Supongamos, por ejemplo, que están observando la laguna (bien sea en vivo o simplemente a través de una fotografía o un video). El profesor puede ayudar a que la observen mejor si, por ejemplo, les plantea preguntas que les ayuden a observar mejor. Podrían ser (es solo un ejemplo, pues el profesor puede inventar muchas otras) preguntas de este estilo: “Veamos la superficie del agua. ¿Descubrimos allí alguna forma especial? ¿Se nos parece a algo? ¿A qué? O “Solo vemos la superficie de la laguna. ¿Qué seres vivos habitan en las profundidades de la laguna? ¿Quiénes vienen a visitar la laguna en las noches? ¿Para qué lo hacen?”. Bueno, puede haber muchísimas más sugerencias que alimenten la curiosidad y desarrollen la imaginación de un grupo de niños que observan una laguna.

Pero no basta con observar; es preciso describir. Y esto es algo a lo que estamos poco habituados: nuestras descripciones suelen ser incompletas, genéricas y muchas veces parcializadas, pues no atendemos a los diversos aspectos de las cosas, sino solo a aquellos que más llaman nuestra atención o que nos interesa destacar para defender nuestros intereses. Una buena descripción implica, para comenzar, un proceso riguroso, en donde debemos descomponer en partes aquello que hemos observado. Supongamos que vamos a describir una montaña: debemos tener criterios para descomponer lo que vamos a describir: debemos hablar de *la forma* de la

montaña, de los distintos *colores* que percibimos en ella, tal vez de ciertos *olores* que le sean peculiares; a lo mejor, incluso, se nos ocurran algunas *comparaciones* de cada uno de estos elementos con otras cosas. Describir supone, entonces, ir descomponiendo una cosa en sus partes constitutivas; pero, para que la descripción sea rigurosa, tenemos que hacer una enumeración muy completa de cada una de las partes de aquello que pretendemos describir.

Para *describir* hay que *escribir*, en el sentido de que debemos “tomar nota” de las distintas partes que hemos observado. Si vemos la montaña, entonces podemos decir que hay tales o cuales tipos de árboles y, de acuerdo con los criterios establecidos, podemos incluso hacer clasificaciones; por ejemplo, identificar en la montaña pinos, eucaliptos y otras especies menores de plantas (como frailejones, si se trata de un páramo). Pero describir no solo es hacer listas de cosas; para describir, tenemos que seguir un orden. La descripción se hace estableciendo un orden que debemos seguir. Si, por ejemplo, describimos un atardecer, podríamos empezar por el primer momento en que vemos la luz del sol en el horizonte y los colores y formas que allí percibimos; pero, pasados unos minutos, esos colores y formas pueden haber cambiado (de hecho, cambian en fracciones de tiempo muy cortas); y llegamos, finalmente, al momento en que se da la caída definitiva del sol detrás del horizonte. Describir supone, pues, seguir un orden y dar una dirección, porque, cuando describimos, queremos mostrar algo: si describimos un atardecer es porque queremos mostrar su belleza; y, para ello, nos detenemos en colores, formas y todo tipo de sensaciones. La descripción es un

proceso intencional y riguroso en donde se deben tener en cuenta los cuatro elementos señalados: *descomponer*, *enumerar*, *seguir una orden*, *dar una dirección*. Como maestros nos corresponde apoyar a los estudiantes en su ejercicio de descripción y es precisamente atendiendo a estos cuatro componentes que está organizado el punto 2 (“Ahora vamos a describir lo observado”) de la “Guía para la observación, descripción y contemplación de una laguna” con que cuentan los estudiantes.

Pero lo que nos interesa sobre todo es contemplar; y contemplar es mirar de una determinada manera. La mirada contemplativa no es, sin embargo, una mirada cognoscitiva, como la del observador científico, que pretende decirnos *qué* es, o *cómo* es una cosa. El que contempla hace mucho más que observar: pretende alcanzar una percepción unificada y cualificada de aquello que es objeto de su contemplación, con la pretensión de verlo dotado de sentido. Así, por ejemplo, el artista o el hombre de fe contemplan un paisaje porque perciben en él la presencia de algo mucho más fundamental que los elementos naturales que lo conforman. Contemplar es mirar algo siempre en busca de nuevos significados. Y, para que sea posible esa percepción unificada y cualificada, el que contempla tiene que hacer en primer lugar un trabajo en sí mismo: tiene que empezar por evitar las distracciones.

Se observa, sí, con los ojos; pero se contempla con la mente y con todo el cuerpo. Para contemplar, hay que limpiar la mente de distracciones: deshacernos del ruido, de las muchas excitaciones sensoriales y emotivas que tenemos a cada instante, pues solo así podemos concentrar toda nuestra energía en

lo que queremos contemplar. Pero debemos también evitar que el cuerpo se vuelva un distractor (desde luego, nos costará mucho más la contemplación si tenemos hambre y frío, o si nuestro cuerpo está tremendamente excitado, porque acabamos de hacer un ejercicio fuerte, o muy tenso porque tenemos miedo). Debemos liberar el cuerpo de sensaciones y emociones fuertes que interrumpan el ejercicio contemplativo.

Pero todo esto no son más que “actos preparatorios” de la contemplación, pues lo esencial a la hora de contemplar es *concentrar toda la energía en un objeto*. Si eliminamos las distracciones es para que nuestra mente se pose plenamente sobre aquello que queremos contemplar: el bosque, la laguna, el árbol, la fuente de agua, etcétera. Ahora bien, ese ejercicio de concentrar nuestra mente en un objeto tiene que *generar un diálogo*: el que contempla una cascada escucha lo que le dice la cascada; el que contempla un bosque pone cuidado a sus sonidos, pero también a todos los habitantes del bosque, a los reales y a los imaginarios, y conversa con ellos. El que contempla debe “dejarse hablar” de lo contemplado. Las experiencias contemplativas se pueden estudiar más a fondo en la literatura (en obras como *Siddharta*, de Herman Hesse) o incluso en obras de espiritualidad (como *Muéstrame tu rostro* y *Sube conmigo*, del P. Ignacio Larrañaga).

En este caso se trata de la observación, descripción y contemplación de una laguna. Hay que tener en cuenta que una laguna se puede observar, describir y contemplar desde distintos planos. Una primera contemplación podría hacerse observando *la superficie* de la laguna, lo que algunos llaman “el espejo

de agua”; allí se pueden contemplar muchas cosas: formas, movimientos, sonidos, etc. Tenemos, por otra parte, la ventaja de que la superficie de la laguna, el espejo de agua, lo podemos ver directamente; pero sabemos que, bajo la superficie, está todo lo esencial. Y tenemos entonces que empezar a contemplar *la profundidad* del agua; pero esa ya no lo vemos; tenemos que construirlo imaginativa y cognoscitivamente (seguramente sabemos algo: qué especies vegetales y animales puede haber en esa laguna, pero nos tenemos que imaginar la vida que en ella puede existir). Podemos imaginar, por ejemplo, que somos alguien que se sumerge en la laguna y la mira por debajo, como lo haría un buzo; esta exploración imaginativa es esencial para una buena contemplación. Pero, en tercer lugar, la laguna tiene un entorno; y se trata de poder contemplar *los alrededores* de la laguna: ¿qué hay en torno a la laguna?, ¿qué tipo de árboles?, ¿hay montañas?, ¿quiénes viven en la laguna: animales, personas, etcétera?, ¿quiénes la visitan con frecuencia?, ¿qué buscan allí?, ¿tiene esta laguna una historia?, ¿cuál?, ¿ha sido importante para una comunidad?, ¿por qué? Todos los alrededores de la laguna tienen elementos interesantes para contemplar. No debemos olvidar que las lagunas son lugares sagrados para muchas comunidades; por ejemplo, las comunidades indígenas que viven en sus cercanías. Hay en torno a ellas todo tipo de factores naturales y sociales que no debemos olvidar a la hora de observarlas y describirlas y que, también, pueden ser objeto de contemplación.

Alguien podría decir, y no sin algo de razón, que este es un ejercicio complejo para que lo realicen niños pequeños. La verdad es que lo importante es cómo se les acompañe en este

proceso. En principio, lo que los estudiantes tienen que hacer no es más que lo que se propone en la guía; y esta contiene actividades sencillas y cortas (no hay que pedirles, por ejemplo, que escriban una o dos páginas de descripción; es suficiente con que escriban cuatro o cinco líneas). Lo que determina que puedan hacer bien este ejercicio es el acompañamiento del maestro. Es importante, entonces, que este proceda de forma pausada y que vayan dando en cada caso los pasos esenciales que se proponen en la “guía para la observación, descripción y contemplación de una laguna”, pues el éxito del ejercicio obedece a que se haga con orden y rigor. Es esencial, por otra parte, que los niños perciban al maestro no tanto como “alguien que da instrucciones”, sino, más bien, como alguien que acompaña una experiencia. En tal sentido, para que el profesor pueda ser un buen acompañante, debe él mismo hacer previamente la experiencia con ayuda de la guía elaborada para los estudiantes. Lo más recomendable es, entonces, que el maestro practique previamente este ejercicio, para que, de esa forma, pueda acompañar mejor a sus estudiantes.

Además de que puede hacer el ejercicio previamente, el profesor tiene también la ventaja de que cuenta con apoyos adicionales para el trabajo con sus estudiantes, que se le aportan en los anexos de esta guía. Entre ellos puede haber relatos de personas que describen una laguna (como el que aquí se sugiere, de Henry David Thoreau, sobre la laguna de Walden), fotografías (como las que aquí se ofrecen, tomadas directamente en la laguna de Walden —en Concord, Massachussets—, y en la laguna de la reserva natural de Halibut, también en Massachussets, por el autor de

esta guía), e incluso videos donde se muestran lagunas cercanas, y que seguramente muchos de los estudiantes conocen (en este caso se puede hacer uso del video documental de la CAR sobre el complejo de lagunas que constituyen la laguna de Fúquene, la de Cucunubá y la de Palacio, o el que lleva por título “Laguna de Fúquene: entre el olvido y la resurrección”; los dos están disponibles en YouTube).

Como otras veces, el ejercicio completo se debe hacer en cuatro sesiones de 15 minutos. Aunque la división del trabajo en cuatro sesiones está ya marcada por los cuatro pasos de la guía recordemos brevemente lo esencial de cada sesión.

En la primera sesión, lo importante es la observación detallada de la laguna; ojalá en vivo y en directo; o, si no, a través de una de las fotografías que aquí se proponen, o incluso de una fotografía que tenga el profesor. Se debe ser exhaustivo en el seguimiento de la guía, pues, después de observar, es importante que el alumno identifique los elementos básicos de lo que observó (en este caso la laguna). En la guía se propone que identifiquen al menos cinco elementos; estos deben ser concretos y observables, y ojalá precisos (por ejemplo, agua de color verde, árboles de pino, arena en los alrededores, un perro en la orilla, etcétera). A partir de la identificación de elementos, se debe hacer el intento de decir qué es una laguna, de definirla, pues ello obliga a precisar las ideas y mejora nuestra capacidad de observación. Se trata de que el estudiante aprenda todo lo que puede aprender observando, confrontando lo que ya vio con la observación de otros y con su propio esfuerzo por elaborar un concepto a partir de

lo observado. Siempre es deseable, además, que el alumno tenga un papel a mano en donde pueda tomar nota de las observaciones que hace.

La segunda sesión debe estar dedicada por completo a describir a partir de lo observado. Evidentemente, a la hora de describir, no basta con haber observado; sino que hay que hacer un plan para describir. En este caso se sugiere que, más allá de la fotografía, se les prepare para el ejercicio descriptivo, mediante la presentación de un video corto, que fácilmente se puede buscar en YouTube, de no más de dos minutos, en donde simplemente se vea una laguna, se escuchen sus sonidos, se vean sus movimientos, etcétera. Lo más importante, sin embargo, para hacer una buena descripción es tener imaginación. Aquí es donde es esencial pedirles a los estudiantes que piensen no solo en lo que ven en la laguna, sino en todo lo que hay por debajo y alrededor del espejo de agua. Por eso mismo, en la guía se les pide hacer una lista de los seres vivos que habitan esa laguna que han observado. Aunque ellos no los hayan visto, pueden imaginarse qué tipo de seres vivos hay allí y, sobre todo, pueden entablar un diálogo con esos seres vivos. Este ejercicio imaginativo es la base de una buena descripción. Los últimos cuatro o cinco minutos de esta segunda sesión se deben consagrar a un ejercicio de escritura en donde ellos describan la laguna que han observado y, ojalá, lo hagan tomándose ellos como protagonistas. Es esencial que no sea simplemente una descripción exterior, objetiva; sino que hagan la descripción de un modo más personal.

La tercera sesión es, en sentido estricto, el ejercicio de contemplación. Se trata de ayu-

darles a contemplar lo que ya han observado y descrito y, por tanto, aquí el énfasis no está tanto en la laguna, en el objeto exterior, que han observado y descrito, sino en la disposición interior de quien observa y describe. De allí la importancia de identificar todo lo que nos dispersa o nos distrae, y de procurar un ejercicio que sea relajante y les ayude a liberar tensiones y a concentrarse. En un ejercicio de contemplación es también muy importante el silencio, porque este nos abre a la escucha. No se trata solo, a la hora de contemplar, de que veamos la laguna, sino de que conversemos con ella: que escuchemos las voces y los mensajes que hay en ella, que escuchemos todo lo que ella, y cada uno de sus personajes, tiene que decirnos. Esta parte del ejercicio debe concluir también con un texto muy breve, donde ya no se habla de la laguna, sino de lo que nos contó ella, de lo que conversamos con ella.

La cuarta sesión, como en todos los casos anteriores, busca sobre todo una retroalimentación en la cual los estudiantes deben reflexionar sobre lo aprendido y compartir con otros la experiencia vivida. Aquí es esencial que ellos identifiquen las dificultades que han tenido al realizar el ejercicio, e igualmente el modo como han enfrentado esas dificultades. También es este el momento para que expresen sus sentimientos ante la experiencia: ¿qué les gustó de haber hecho esa experiencia?, ¿qué les ha enseñado?, ¿de qué les sirvieron los distintos apoyos ofrecidos (la guía, las fotografías, los videos, etcétera)?; pero, sobre todo, se trata de que, al final, cuenten si quisieran repetir esa experiencia y si les gustaría volverla a hacer en algún momento. Y al final se sugiere formularles esta pregunta: *¿qué aprendiste de la laguna?*

Ayudas para el profesor para la realización de la actividad

Se ofrecen, como ayuda para la realización de la presente actividad, los siguientes recursos, que el profesor podrá usar según sus intereses, posibilidades y necesidades y que, desde luego, podrá enriquecer con recursos descubiertos o elaborados por él mismo:

- > La “Guía para la observación, descripción y contemplación de una laguna” con la que cuentan los estudiantes.
- > La descripción de una laguna hecha por un hombre que vive a sus orillas (un pasaje breve de *Walden, o la vida en los bosques*, de Henry David Thoreau).
- > Siete fotografías, cuatro de la laguna de Walden —en Concord, Massachussets—, y tres de la laguna de la reserva natural de Halibut, también en Massachussets.
- > Dos videos, disponibles en YouTube y que se recomienda ver a los maestros con antelación, donde se muestra lo que ocurre en torno a la laguna de Fúquene. El primero es un video documental de la CAR sobre el complejo que constituyen las lagunas de Fúquene, Cucunubá y Palacio. El segundo tiene por título “Laguna de Fúquene: entre el olvido y la resurrección” (en el documento de anexos se agregan los vínculos respectivos).